

860-1

Z-210462
D-7552

Sí

(BOLETÍN BELLO
ESPAÑOL)

DEL ANDALUZ UNIVERSAL



I

DÁMASO ALONSO
EL VIENTO Y EL VERSO

BENJAMÍN PALENCIA
DESNUDOS DE MUCHACHAS

PEDRO SALINAS
VOLVERLA A VER

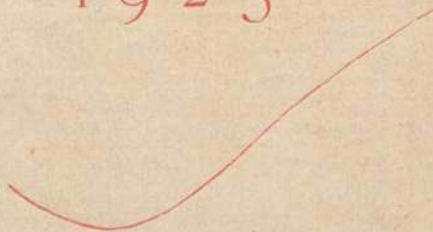
FRANCISCO BORES
BODEGONES

RAFAEL ALBERTI
MARINERO EN TIERRA

MADRID

JULIO

1925



Sí

1 9 2 5

I

- | | | |
|---|--------------------|-----------------------|
| 1 | DÁMASO ALONSO: | EL VIENTO Y EL VERSO |
| 2 | BENJAMÍN PALENCIA: | DESNUDOS DE MUCHACHAS |
| 3 | PEDRO SALINAS: | VOLVERLA A VER |
| 4 | FRANCISCO BORES: | BODEGONES |
| 5 | RAFAEL ALBERTI: | MARINERO EN TIERRA |

D. A. nació—1898—en Madrid. Vive en Madrid, Rodríguez San Pedro, 46.

B. P. n.—1897—en Barrax (Albacete). V. en Madrid, Martín de los Heros, 34.

P. S. n.—1893—en Madrid. V. en Madrid, Don Pedro, 6.

F. B. n.—1898—en Madrid. V. en Madrid, Carlos III, 3.

R. A. n.—1903—en el Puerto de Santa María (Cádiz). V. en Madrid, Lagasca, 101.

EL VIENTO Y EL VERSO

I

LA VICTORIA NUEVA

ESTA es la nueva escultura:

Pedestal, la tierra dura.
Ámbito, los cielos frágiles.

El viento, la forma pura.
Y el sueño, los paños ágiles.

2

VIENTO DE SIESTA

ENTRARÁS hasta el fondo
de mi tienda desierta,
jugando mis palabras con tus rizos;
mi mano, en tus banderas.
Y harás roncar la encina
verde y negra,
y harás gemir
la piedra.

Árbol soy, piedra soy — el ancla echada. —
Destrénzame,
destrénzalas.

I



VIAJE

LA noche yace tendida,
negra puente berroqueña,
entre la muerte y la vida,
sobre el agua que se sueña.

Y el agua, sueño ligero,
lame las piedras del puente.

Ven tú, viento volandero,
y rízale la corriente,
que tengo un lento soñar,
viento, en el río, a la aurora.

Sueño es todo mi cantar.

Y se huye contigo, ahora,
viento que vas hacia el mar.

ELEMENTAL

VIENTO y agua muelen pan,
viento y agua.

Y la tierra pone el trigo
y el fuego dora la hornada.

Tierra, fuego,
viento y agua.

5

MORIR

POR un sahara de nieblas,
caravana de la noche,
el viento dice a la noche
tu secreto.

Y el eco, buho a intervalos,
te lo trae de vuelta ciego
—paños de la noche— ciego.

Mundos fríos bajo lunas,
de saberlo a eternidades
y niebla, se están muriendo.

De niebla que poco a poco
te va parando a ti yertos
pies y manos, corazón
—farolillo de tu pecho,
verbena de junio, al río.—

De niebla que un hoyo negro,
engualdrapado de espantos
—¡martillo del eco, viento!—
cuévano de claridades,
sombra, te está construyendo.

EJEMPLOS

LA veleta, la cigarra.
 Pero el molino, la hormiga.

Muele pan, molino, muele.
 Trenza, veleta, poesía.

Lo que Marta laboraba,
 se lo soñaba María.

Dios, no es verdad, Dios no supo
 cuál de las dos prefería.

Porque Él era sólo el viento
 que mueve y pasa y no mira.

PASIÓN

(CANTA UN MOZO)

VERANO de mi extravío,
 si me perdiere, verano,
 no me busquen en el río,
 si es que hay río en mi secano.

Ventolinas de rastros
de soles negros y ardientes
son las que han puesto mis ojos
como dos hierros candentes.

¡Tolvanera del verano,
juegos de paja en la era!

Mi corazón es el llano.
Ella fué la tolvanera.

8

VIENTO DE NOCHE

EL viento es un can sin dueño,
que lame la noche inmensa.
La noche no tiene sueño.
Y el hombre, entre sueños, piensa.

Y el hombre sueña, dormido,
que el viento es un can sin dueño,
que aúlla a sus pies tendido
para lamerle el ensueño.

Y aún no ha sonado la hora.

La noche no tiene sueño:
¡alerta, la veladora!

EL NIÑO Y LA COMETA

EL niño se sonreía
 —mano inhábil, ojo atento—
 y la cometa en el viento
 —su corazón— se cernía.

Ave, cometa, de un día,
 su corazón soñoliento.
 Pues el corazón quería
 huir, pero no podía,
 pero no sabía, al viento.

PUERTOCIEGO DE LA MAR

YA se han llevado el mar.
 La última casa aún tiene la enseña marinera.
 Y las vacas (gabarras en el prado
 de la marisma) hacia el ocaso hienden
 la tierra crasa, donde
 aún hay conchas doradas, caracolas en voz
 y una canción marina.

El viento no lo sabe.
 En las noches sin luna,
 se va a besar el lomo de la ola

dormida sin romper.
Y a rajarse en el mástil
agudo.
Y a preñar el gran vientre de la vela.

Mas...
Se rasga en los cantiles polvorientos
y palpa como un ciego el derruido
malecón. Luego extiende su larga lengua y lame
el arenal sediento, palmo a palmo.

Hasta que vuelve
(vela de la llanura, desflecada)
a rascarse en las casas doloridas
del pueblo, en silbos largos,
contra la aurora atónita.

II

VIDA

ENTRE mis manos cogí
un puñadito de tierra.
Soplaba el viento terrero.
La tierra volvió a la tierra.

Entre tus manos me tienes,
tierra soy.

El viento orea
tus dedos, largos de siglos.

Y el puñadito de arena
—grano a grano, grano a grano—
el gran viento se lo lleva.

12

CANCIONCILLA

OTROS querrán mausoleos
donde cuelguen los trofeos;
donde nadie ha de llorar.

Y yo no los quiero, no
(que lo digo en un cantar)
porque yo

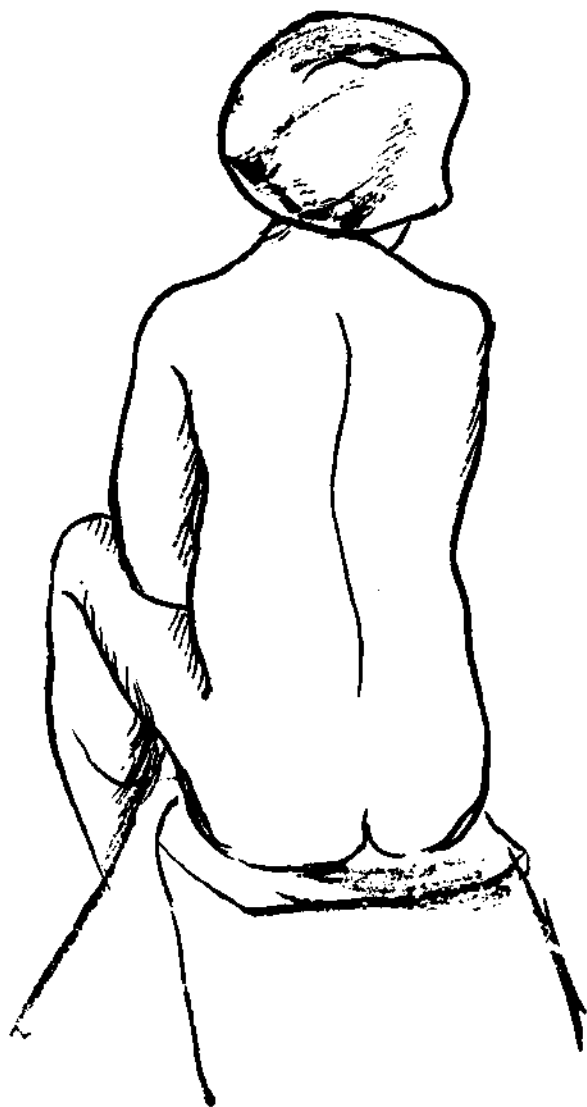
*morir quisiera en el viento,
como la gente de mar
en el mar.*

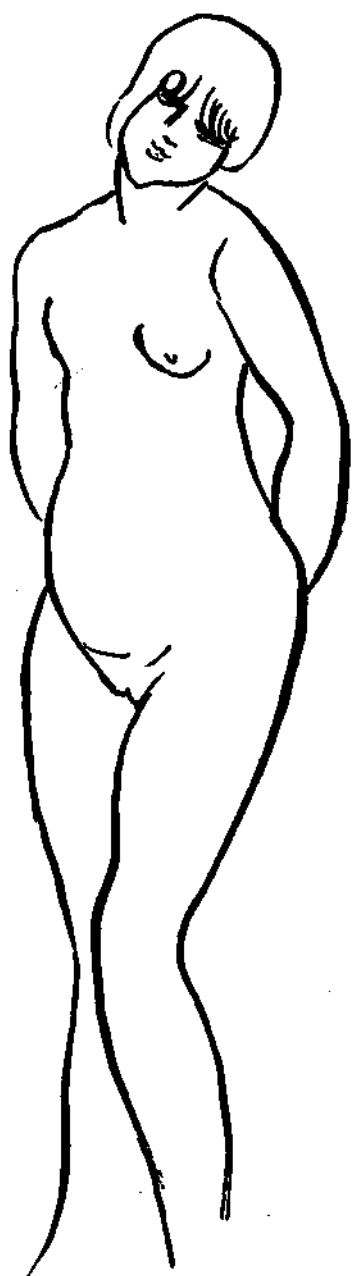
*Me podrían enterrar
en el amado elemento.*

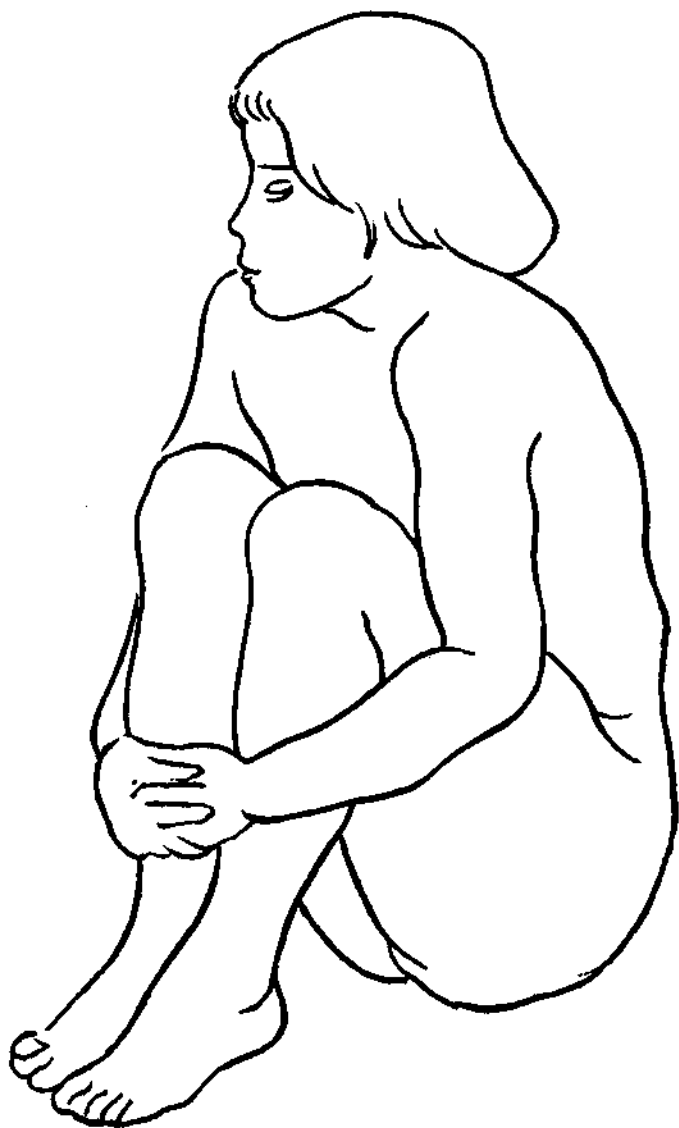
*Oh, qué dulce descansar,
ir sepultado en el viento,
como un capitán del viento;
como un capitán del mar
muerto en medio de la mar.*

DÁMASO ALONSO

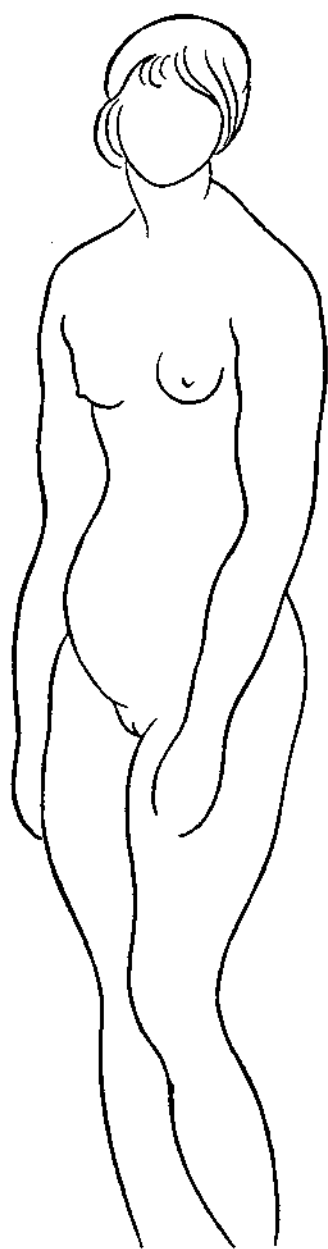
DESNUDOS DE MUCHACHAS













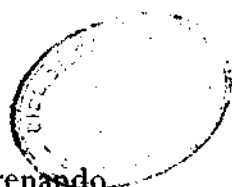




(1922)

BENJAMÍN PALENCIA

VOLVERLA A VER



AL asomarme al balcón del hotel, estrenando la luz de la mañana, a aquel balcón que dominaba el caserío y el puerto, la tierra que me sostenía, el mar que a ella me trajo, y muy al fondo la sigilosa línea embozada de la costa de Europa, de donde vine y donde nací; a aquel balcón que daba a sutiles bosquecillos blancos, crestas de olas, a ondulación marina y verdosa de pinares, al trabajo y al ocio, a Dios y a los hombres, casi a una perfecta síntesis filosófica y autobiográfica de mis veintitrés años, lo primero que vi, lo único que vi, fué su nombre. Había llovido la noche anterior, de modo que estaba limpio, legible, brillante como una decisión de espíritu sencillito. Calculaba yo: «Las letras deben de tener por lo menos veinte metros, porque desde aquí, y estoy lejos, se leen muy bien». Y paseaba sensualmente la vista por los enormes caracteres refiriéndolos con deleitosa complacencia a la persona de carne y hueso a que aludían. La *Z* firme y precisa, como su silueta en marcha, y ahora inmóvil. La *X* con sus dos aspas, tan parecidas a aquellos dos caprichos suyos, contradictorios, de una tarde, cruzados; a una cosa que quiso primero y después desdenó porque quería la que dejaba por aquella, y yo ví muy claro que en el fondo eran ambas las deseadas, así, juntas

y contrarias, como en la letra, las dos. La *S* semejante a sus bromas, sinuosas y rematadas con refinada perfección, pero a veces tan secas, tan inquietantes que parecían una *Z*. De la *B* me apartaba a toda prisa, fugitivo de su vista, de la envuelta indicación pareja de un pecho firme y momentáneamente eterno, sin respiro. La *V* me empapó todo, como un rocío, del recuerdo de una tarde en el tennis, cuando su enigmático carácter, sostenido en su grácil cuerpo, se sostenía, tendido y esforzado, en la blanca punta del pié, cual si anduviera por invisible cuerda echada de la tarde a la noche, sobre el rojizo abismo del crepúsculo. Pero en ninguna me detenía tanto como en esa deliciosa *V*, discreta muestra de su corazón, estilizada oferta del bien más puro y deseado, noble corazón que estaba todo el día en el tejado, mirando al cielo. Cuando las nubes volanderas jugaban a tapar y destapar con el sol, luces y sombras, cayendo sobre la *V* en fingidas sístoles y diástoles luminosas, la animaban con una vida embriagadora y falsa, y parecía que mi sangre marchaba al compás marcado por aquel inhumano, óptico latido. Hasta el punto, que meticulosamente cerraba el nombre, fuera ya de él, despidiendo de él, pero todavía suyo, me recordaba las despedidas, el adiós final, redondo y rodado con que ella al mismo tiempo que me alejaba de su presencia me tendía ya el cabo del recuerdo. Se me cansaron los ojos de fijarme ya tanto en el nombre trazado con gigantescas letras

negras sobre el rojo tejado del gran depósito de la casa, en el muelle. Había que apartarlos de allí. Precisamente, como si hubiera oído mi antojo de otra cosa y la misma, un barco entraba en el puerto, delicadamente colgado de las azules bambalinas celestes por un leve hilo de humo, tan leve y casi invisible que parecía que el barco marchaba solo. Por afán de distracción cogí los gemelos, me acerqué el vapor a los ojos, y fuí a poner la vista en el nombre del navío. Y ¡oh maravilla! las mismas letras tendidas al sol, en el tejado, reposadas e indelebles a la sombra constante de mi pensamiento, eran las que se ostentaban pintadas todas de blanco, como sus trajes estivales de yachtwoman, en los costados de aquel vapor, de aquella aparición. Las olas corrían apresuradamente a humillarse con espumeante alegría, una tras otra, ante sus piés, como cumplidos fáciles y monótonos. Y un cortejo de gaviotas que revoloteaba insistentemente sobre el barco no dudé que iba acechando la más propicia ocasión para caer sobre aquellos caracteres y llevarse cada cual su letra en el pico, tesoro precioso eternamente disperso, diamantes sin sentido separados de la joya perfecta por inhábiles ladrones. El nombre iba entrando majestuosamente en la rada. Le saludaron, con sus desgarrados pañuelos, dos o tres sirenas, en bienvenida. Un remolcador se precipitó oficiosamente a su encuentro cumpliendo papel de criado que al detenerse el coche despliega el estribo donde

se va a posar el pie de su señora. Luego el nombre dió unas vueltas, se paró; y para estarse tan quieto y legible como el del tejado sólo le sobraba el leve balanceo del puerto, última coquejería del mar, recuerdo complacido de la travesía en el reposo. Iba a dejar los gemelos cuando en alto mástil vi una banderola chillona y estremecida de brisa, con algo, temblando, escrito en ella. No, no era su nombre. Demasiado grande, muchas letras, para subirlas a todas tan arriba. A nadie se le ocurre que llegaremos a los cielos con las vestiduras y alhajas que en el mundo consideramos indispensables, sino purificados, hechos compendio, vueltos alma. Así ella escrita en los azules cielos matinales ascendía hasta allí tras la previa depuración de su nombre en dos iniciales, *P. B.*, incompleta y esencial, y la blanca banderola marcaba con dos letras rojas su triunfo definitivo, la posesión celeste. Exquisita delicia esta de volverse de espaldas al alma para pensar en ella, de tener que abrir los ojos, en avizorante atención a lo exterior, en lugar de cerrarlos melancólicamente, buscadores de íntimas contemplaciones. Para recordarla no había que tocar sutiles resortes mentales que dieran suelta a evocaciones secretas; bastaba con el ejercicio puro y simplicísimo de un sentido corporal, con pasear la mirada por tierra, mar y cielos, seguro de encontrarla doquiera, alegre y cosquilleada la nuca por el viento, en las banderolas, grave y perezosa en el tejado, y aún temblorosa, húmeda, llorada, en

blancos reflejos, cuando se duplicaban deformadamente en el agua de la rada las blancas letras pintadas en los lados del vapor. Todos los ámbitos de la vida, espacios surcados por quillas, alas o plantas, tenían su marca y señal, cantarines de la gloria y poderío de una criatura sobre el mundo. Y de pronto, al traer la mirada más cerca, al amplio bulevar que estaba a mis piés, vi que un camión enorme y gris se llevaba a toda prisa, con alegres mugidos de toro raptor, su nombre, pintado en azul. Lo llevaría por la ciudad y los campos, para que ojos atónitos lo deletrearán rápidamente, sin comprender su significado, como una escritura fugaz y sagrada; lo pasearía orgullosamente indiferente como el pendón de un conquistador en la recién ganada villa. Ya rendido de tanta presencia cerré los ojos, para no pensar en ella. Pero también estaba aquí a este lado, dentro, escrita al revés como una página copiada en un espejo, que al principio no se ve clara, pero que se entiende enseguida en cuanto se la lea a la inversa, empezando por la izquierda del corazón. Me puse a distraerme, a huir de ella; leí un rato, fuí a las librerías, compré papel de escribir de muchas clases escogiendo minuciosamente, me paré ante una cartelera, leyendo con atención los anuncios de unos espectáculos repulsivos; compuse en suma, una hora artificial y fingida, encarnizadamente, como se compone por capricho y distracción un poemita latino, pero que luego resulta acróstico porque

sin querer empezamos cada verso con una de esas letras que tan grabadas tenemos en un orden dado y que precisamente queríamos olvidar con tal entretenimiento. Desesperado volví al hotel, entré furtivamente en el ascensor, en mi cuarto, en la cama. De pronto el timbre del teléfono dió un brusco tirón del silencio, le volteó como una ancha campana: «Preguntan por el señor.» «¿Quién; qué nombre?» Y con los ojos cerrados, como los cierra el reo ante los fusiles del pelotón que le va a quitar la vida, para no ver lo que es seguro, aquello de que no escapará, esperé yo que ascendiera, dicho, cantado, exaltado hasta aquel quinto piso por la voz ronca del portero aquel nombre—*MISS PRISCILLA BEEXLEY*—que me iba derecho allí donde ya estaba, al corazón. Contra mi costumbre pedí el ascensor. Tardó. No subía, acaso no subiría nunca, quizá el timbre que yo acababa de oprimir se había estropeado e iba yo a estarme allí en el descansillo, a veinticinco metros de Miss Beexley, incomunicado con ella para siempre, suspendido en el espacio intermedio y mostrenco de un rellano de escalera, entre el cielo y la tierra, como un ángel castigado de Dios. Porque claro es que no había que pensar en el otro camino, en bajar hasta ella de escalón en escalón. Así se iba a todas las cosas solitas y sin importancia, al Museo, al Club, al embarcadero, a Europa, a América, a lo desconocido. Pero yo no me dirigía en el presente momento a paraje identificable en norte o sur, en

capricho o desesperación, sino a un lugar que sólo tiene acceso por una inmersión súbita y decisiva, por una caída tan impuesta y voluntariosa, simultáneamente, que la fuerza de gravedad que nos arrastra se antoja ejercicio desembarazado y libre, graciosa atribución humana. La voluntad estaba tan empeñada en una cosa, que no podía convertirse en motriz de ningún miembro corpóreo, porque toda su fuerza la aplicaba a querer, a querer en la inmovilidad. Por eso la escalera era imposible, y allí donde yo iba requeríase marchar con los ojos cerrados, quieto, rígido, como las momias egipcias marchan, en una dirección precisamente opuesta, solemnes y perfumadas, en el momentáneo ataúd del ascensor. Y aun marchar, ir, no son palabras justas. Hundirse, como la esponja, que a medida que descien- de se precipita más, porque su misma caída, agua, peso, la empapa de acelerada prisa en caer. Así yo había de hundirme hasta una arena fina sembrada de horas complicadas y fragilísimas como corales, de floraciones intrincadas y mal definidas, tipos de algas que no se ha llegado a catalogar, de conchas cerradas o entreabiertas, deliciosamente irisadas y todas sin perla. Arena dormida bajo capas de tiempo. Porque donde yo iba era al pasado, al pasado de Priscilla y mío; iba después de tres años, por vez primera, a volverla a ver. Repentino, sordo y encendido como la llama saltó delante de mí el ascensor, abriéndome su corazón asalariado. No tuve que dar más

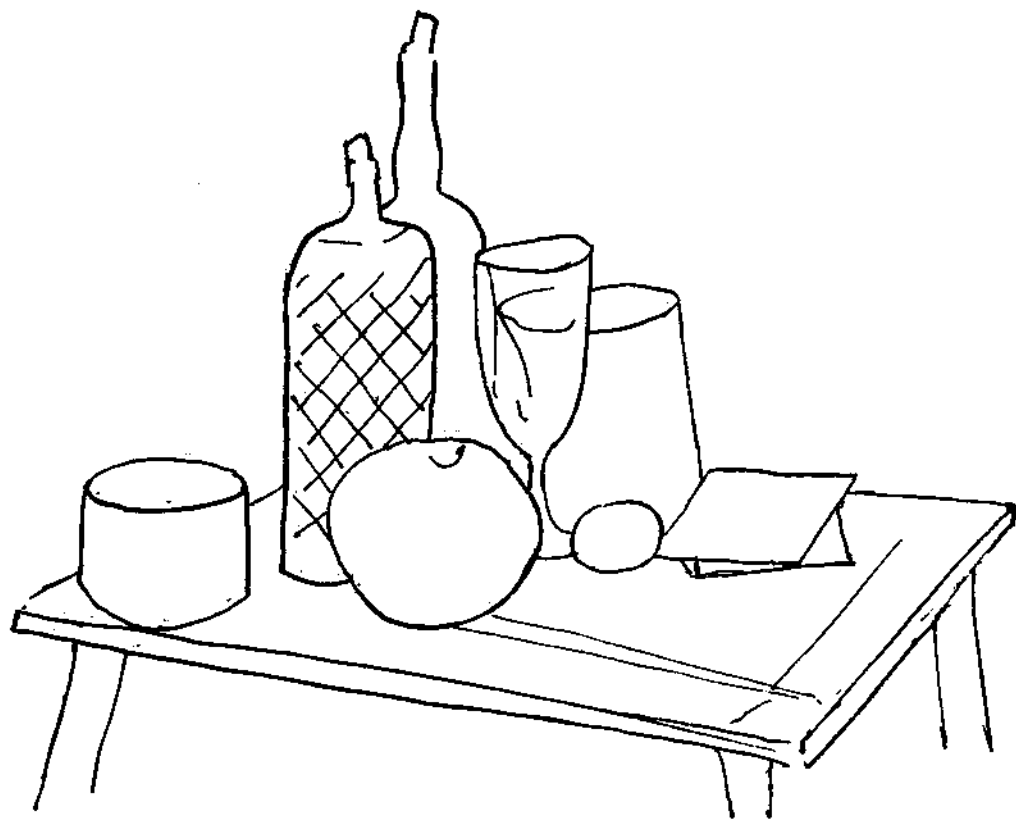
que un paso, adentro. Y la vida comenzó a correr, vertiginosamente al revés. Se deshacía el tiempo, conforme lo atravesaba el ascensor. Al cruzar por cada piso se leían como en una columna de termómetro, las distancias aniquiladas. Los tres años que de Priscilla me separaban al comenzar, eran sólo dos frente al segundo piso, apenas unos meses al cruzar por delante de la esmerilada puerta del entresuelo, y se reducían milagrosamente a semanas, a días, a horas, con rapidez exactamente paralela a la del descenso, conforme nos acercábamos a tierra. Y cuando, ya abajo, el criado alzó la cortina tendida ante la puerta del salón donde Priscilla esperaba, me encontré con que los tres años de vida en ausencia estaban completamente desvividos y que este día de volverla a ver era, abolición perfecta y sin rastro de los tiempos intermedios, el día mismo que nos despedimos.

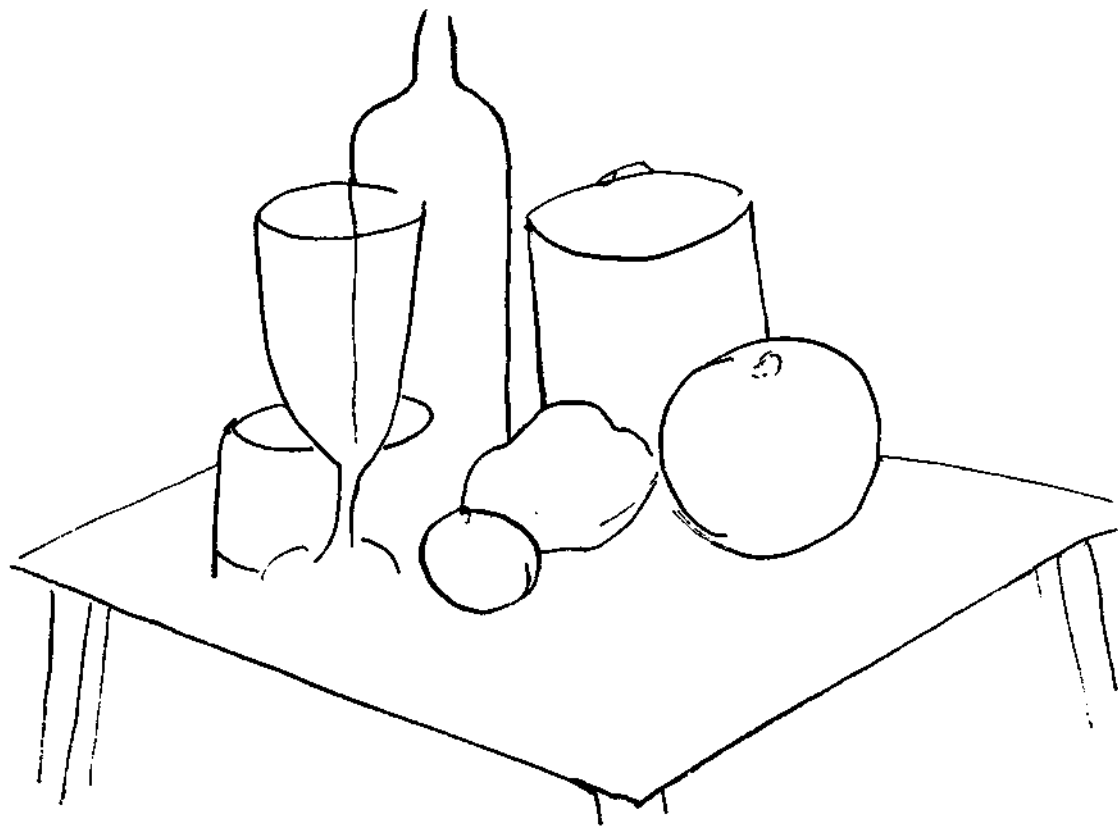
PEDRO SALINAS

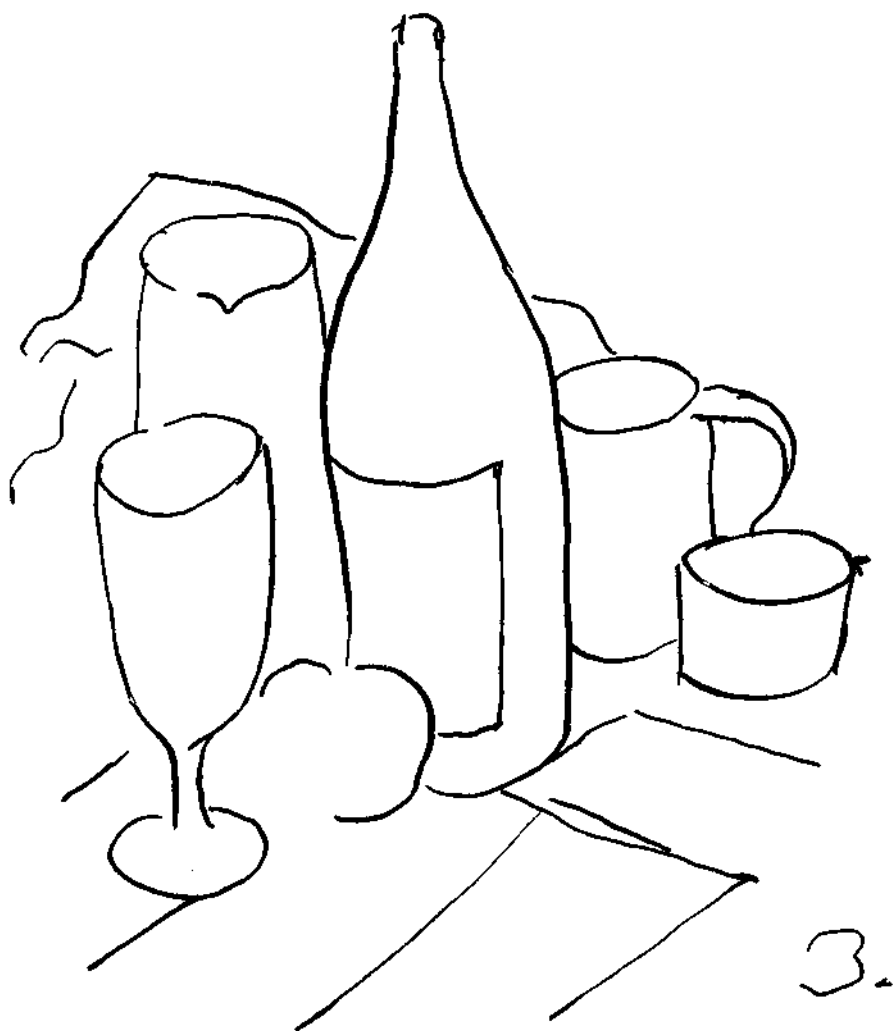
Argel-Sevilla, abril, 1925.

BODEGONES

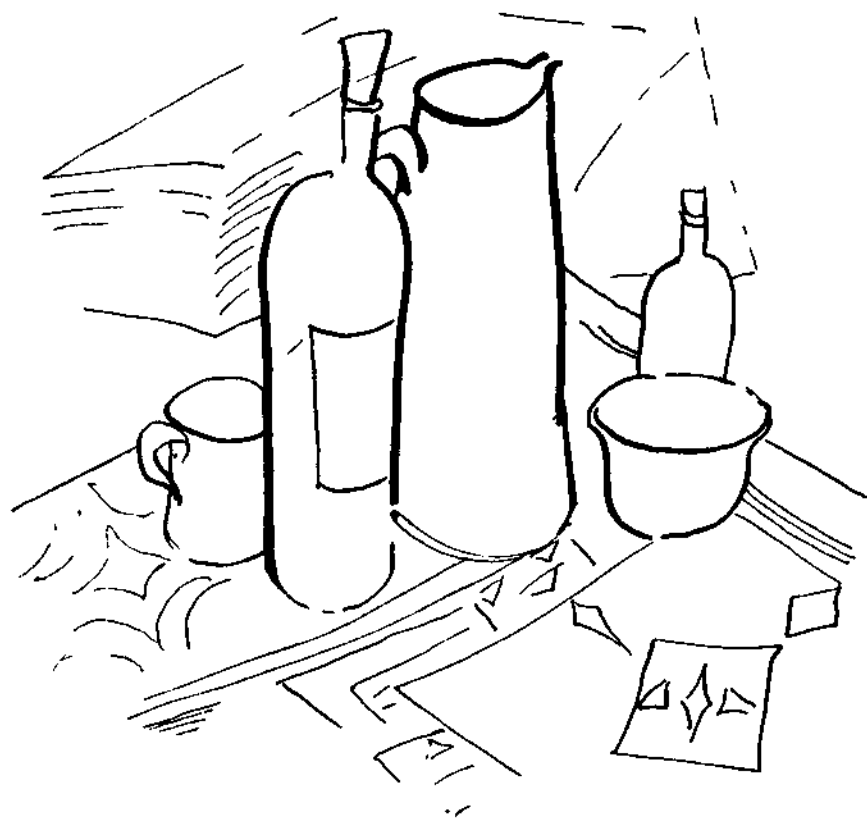


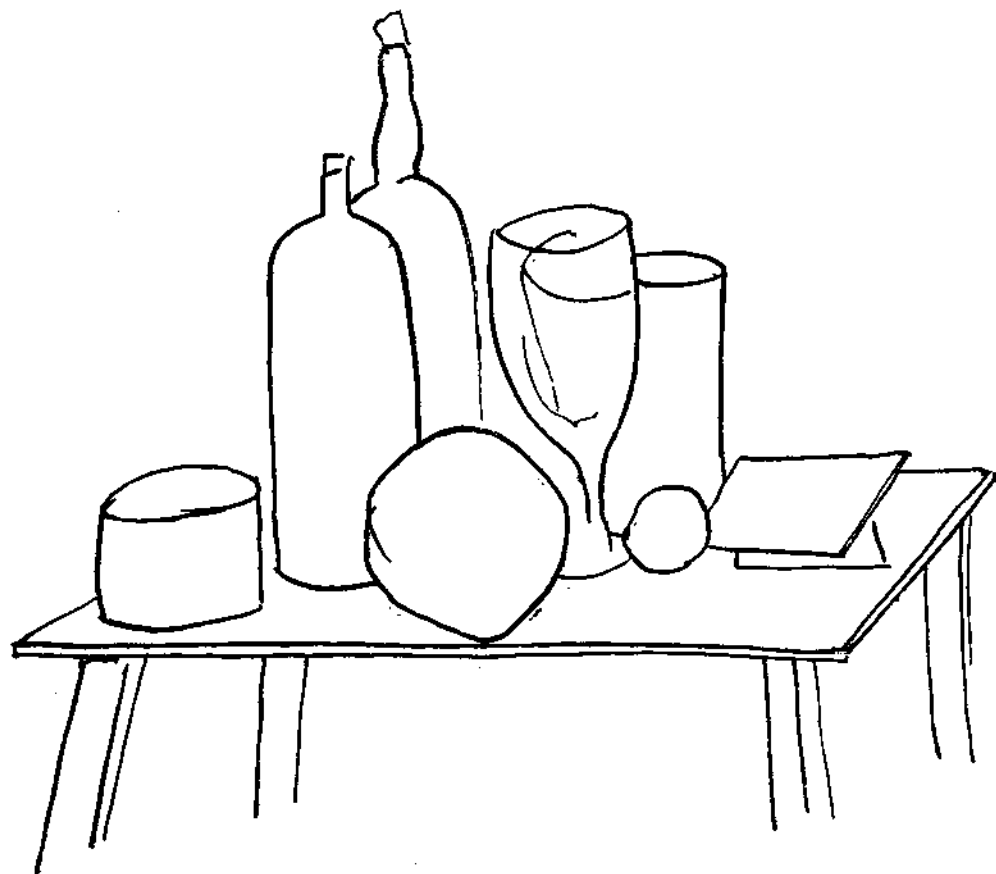


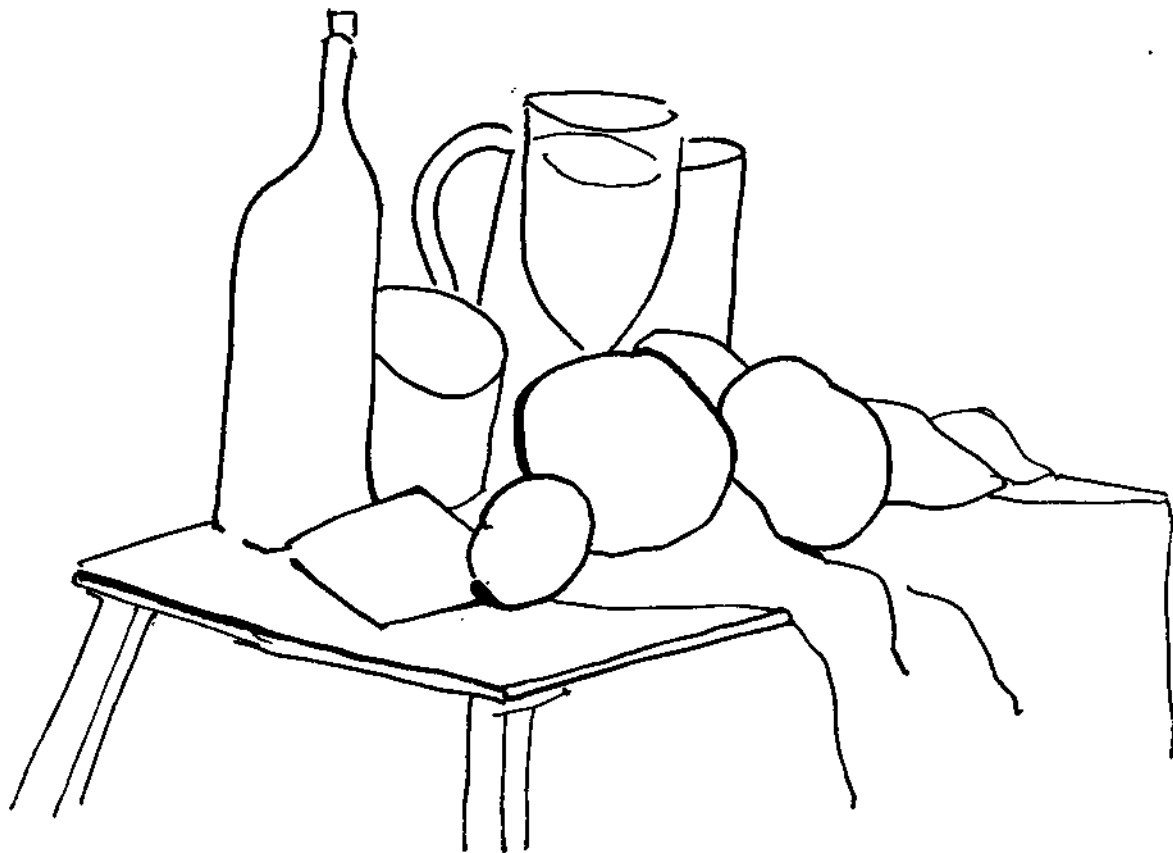


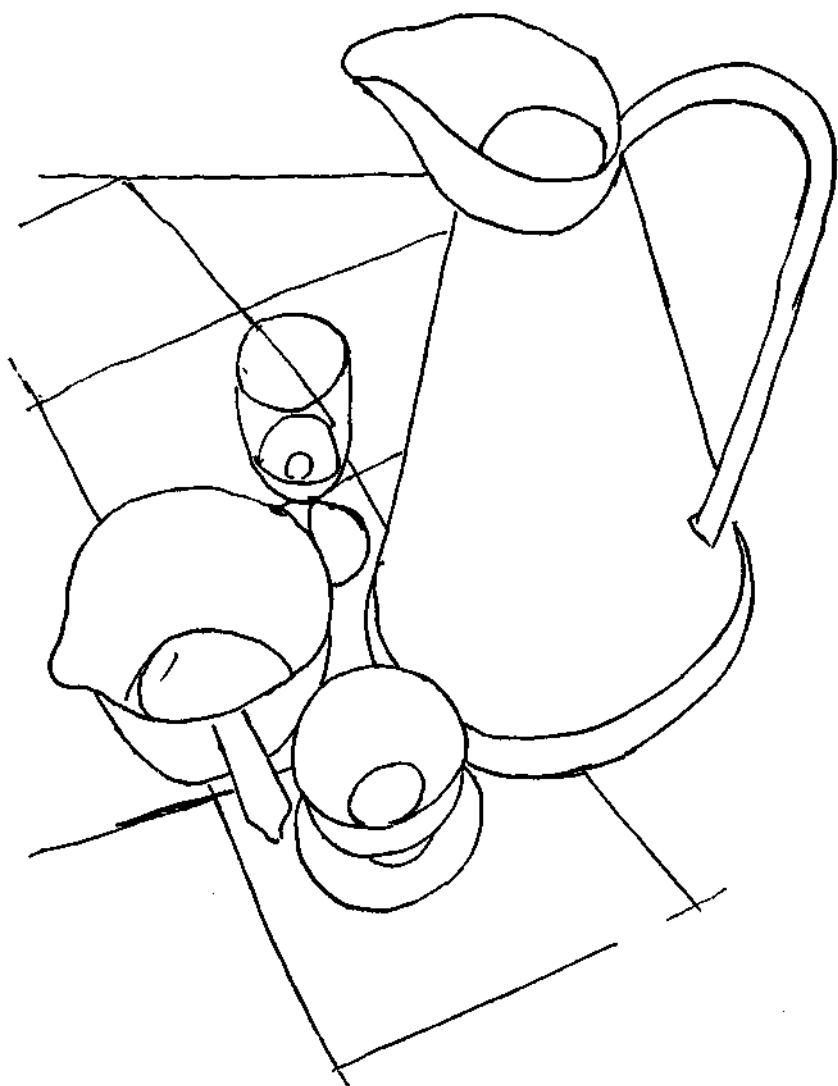


3.









FRANCISCO BORES

(1923-25)

MARINERO EN TIERRA

1

SALINERO

... **Y** ya estarán los esteros
rezumando azul de mar.
¡Dejadme ser, salineros,
granito del salinar!

¡Qué bien, a la madrugada,
correr en las vagonetas
llenas de nieve salada,
hacia las blancas casetas!

¡Dejo de ser marinero,
madre, por ser salinero!

2

GIMIENDO por ver el mar,
un marinerito en tierra
iza al aire este lamento:

¡Ay mi blusa marinera;
siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera!

1

SUEÑO

¡A los remos, remadores!

GIL VICENTE

NOCHE.

Verde caracol, la luna.
Sobre todas las terrazas,
blancas doncellas desnudas.

¡Remadores, a remar!
De la tierra emerge el globo
que ha de morir en el mar.

Alba.

Dormíos, blancas doncellas,
hasta que el globo no caiga
en brazos de la marea.

¡Remadores, a remar;
hasta que el globo no duerma
entre los senos del mar!

BRANQUIAS quisiera tener,
porque me quiero casar.
Mi novia vive en el mar
y nunca la puedo ver.

Madruguera, plantadora,
allá en los valles salinos.
¡Novia mía, labradora
de los huertos submarinos!

¡Yo nunca te podré ver
jardinera en tus jardines
albos del amanecer!

5

ELEGÍA DEL COMETA HALLEY

YA era yo lo que no era,
cuando apareció el cometa.

Del mar de Cádiz, Sofía,
saltaba su cabellera.
¡Ay, quién se la peinaría!

Con un escarpidor fino,
salí a la ribera mía.
¡Suéltale la cauda, madre,
que se la peine Sofía!

¡Ya era yo lo que no era!

6

¡TRAJE mío, traje mío,
nunca te podré vestir,
que al mar no me dejan ir!

¡Nunca me verás, ciudad,
con mi traje marinero;
guardado está en el ropero,
ni me lo dejan probar!

¡Mi madre me lo ha encerrado,
para que no vaya al mar!

7.

PIRATA

PIRATA de mar y cielo,
si no fui ya, lo seré.

Si no robé la aurora de los mares,
si no la robé,
ya la robaré.

Pirata de cielo y mar,
sobre un cazatorpederos,
con seis fuertes marineros,
alternos, de tres en tres.

Si no robé la aurora de los cielos,
si no la robé,
ya la robaré.

CON ÉL

(1924)

ZARPARÉ, al alba, del Puerto,
hacia Palos de Moguer,
sobre una barca sin remos.

De noche, solo, ¡a la mar,
y con el viento, y contigo!
Con tu barba negra tú,
yo barbilampiño.

¡QUÉ altos
los balcones de mi casa!
Pero no se ve la mar;
¡qué bajos!

Sube, sube, balcón mío,
trepa el aire, sin parar;
sé terraza de la mar,
sé torreón de navío.

—¿De quién será la bandera
de esa torre de vigía?

—¡Marineros, es la mía!

CHINITA

¡CONTIGO, Rafael Arcángel,
 patrón de los caminantes!
 Chinita blanca del río,
 se me ha perdido mi amante.

Rodando, rodando, al mar.
 ¡Contigo, Rafael Arcángel!
 ¡Que la mar nunca te trague,
 chinita de mi cantar!

Yo no paro de llorar;
 se me ha perdido mi amante.
 ¡Chinita, Rafael Arcángel!

II

(VERANO)

—DEL cinema al aire libre
 vengo, madre, de mirar
 una mar mentida y cierta,
 que no es la mar y es la mar.

—Al cinema al aire libre,
 hijo, nunca has de volver,
 que la mar en el cinema
 no es la mar y la mar es.

ILUSIÓN

... — *la blusa azul, y la cinta
milagrera sobre el pecho!* —

J. R. J.

— MADRE, vísteme a la usanza
de las tierras marineras:

el pantalón de campana,
la blusa azul ultramar,
y la cinta milagrera.

— ¿Adónde vas, marinero,
por las calles de la tierra?

— ¡Voy por las calles del mar!

MADRIGAL DE BLANCA-NIEVE

BLANCA-NIEVE se fué al mar.
¡Se habrá derretido ya!

Blanca-nieve, flor del norte,
se fué al mar del mediodía,
para su cuerpo bañar.
¡Se habrá derretido ya!

Blanca-nieve, Blanca-y-fría,
¿por qué te fuiste a la mar

para tu cuerpo bañar?

¡Te habrás derretido ya!

14

¿PARA quién, galera mía,
para quién este cantar?

¡Búcaro fino del mar,
poroso de azul salado;
quién te pudiera quebrar!

15

SI mi voz muriera en tierra,
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera.

Llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel de guerra.

¡Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera:
sobre el corazón un ancla,
y sobre el ancla una estrella,
y sobre la estrella el viento,
y sobre el viento la vela!

RAFAEL ALBERTI

(1924)

IMPRESA DE ZOILA ASCASÍBAR
MARTÍN DE LOS HEROS, 65. MADRID



(2,50 ptas.)

LEÓN SÁNCHEZ CUESTA
LIBRERO

CALLE MAYOR, 4
APARTADO POSTAL 341
MADRID